

# LA LIRA

DEL

## T O R M E S,

### LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Se suscribe en esta ciudad en la librería de Blanco, calle de la Rua; en Madrid en la de Villarreal, calle de Carretas, y en las provincias en las administraciones de correos y librerías principales. Precio, en Salamanca 5 rs. mensuales; en las provincias 6, franco de porte.

#### SOBRE LA LIBERTAD DEL COMERCIO

por M. H. Dávila D. M. y F. y catedrático de matemáticas sublimes de la universidad de Salamanca. (1)

Después que la sagaz Inglaterra ha visto asegurada la inmensa superioridad de su industria, ha empezado á predicar á todas las naciones la libertad del comercio; mas á pesar de las bellas máximas morales que reproducen á porfía sus hábiles escritores, y de las brillantes razones económicas que presentan, sospechan los pueblos que semejantes arengas son homilias de comerciantes mas bien calculadas sobre el interés británico que sobre la utilidad universal, por-

que no es virtud del codicioso siglo en que vivimos tan acendrada filantropía, y porque recelan fundamentalmente de las miras de una nación que pretende saber y estimar lo que les cumple mejor que sus naturales mismos.

Corrió en efecto por España hace pocos años un folleto en nombre de Pébrer, en el cual se quiere probar que nuestro propio interés está en acabar con los aranceles, como con un obstáculo permanente á la prosperidad de la agricultura, y aun de la industria misma: este folleto fue impugnado como merecía por el sábio economista D. Manuel Maria Gutierrez, cuyas obras recomendamos.

(1) Este artículo se hizo para que acompañando á la economía política de Droz, que tenían traducida D. Alvaro Gil Sanz y el autor, pudiesen ver los lectores el pro y el contra de esta importantísima cuestión.



La Inglaterra debe su poder industrial al sistema represivo y restrictivo, así como la Francia debe el que ha adquirido después de la revolución al genio de Bonaparte: por eso fue la gran Bretaña la enemiga más encarnizada de Napoleón, no persiguiendo únicamente en él al soldado siempre victorioso, sino al hombre de estado y de gobierno, y al protector enérgico de todas las industrias.

Nosotros que cuando abrimos los ojos á la luz demediado ya el siglo XV, al propio tiempo que espeliamos los judíos y los moros dejando huérfanas la agricultura y las artes, nos vimos acometidos de una apoplejía de plata y oro al oportuno decir de Clemencin en su elogio de Isabel la Católica por el descubrimiento del nuevo mundo: nosotros que tuvimos reyes, guerreros unos, intrigantes otros, flojos y dejados de nuestras cosas los más, y despilfarradores todos desde D. Felipe el austriaco hasta Fernando el VI: que tuvimos en el reinado de Carlos V. cortes que pedían al Monarca la prohibición de la salida de nuestros productos así agrícolas como industriales, y la introducción de los extranjeros: que hemos vivido bajo el imperio silencioso de la inquisición por tres siglos: que por muchos más no hemos conocido otras profesiones bien vistas que las del clérigo, abogado ó médico, dejando á los extranjeros el cultivo de las ciencias exactas y naturales: que conocimos suceder á un Carlos III de gloriosa memoria, un Carlos IV olvidado hasta de su casa y familia, precisamente cuando una revolución pavorosa y de consecuencias incalculables sacudía espantosamente la Francia; siguiéndole otro cuyo primer paso en la vida pública fué el

dejarse encerrar en Valencay y desde donde veía despedazarse por él una heroica nación en una lucha desesperada de seis años; cuyo segundo paso fué entrar en España apoyándose en un partido para soterrar á otro en vez de reinar sobre todos, abandonando cobardemente en el congreso de Viena los intereses de su patria victoriosa; cuya conducta ulterior estuvo reducida á quejarse sempiternamente de engaño, y á dividir para reinar fomentando los bandos en lugar de hacerlos servir á todos al provecho común: nosotros digo por quienes han pasado estas cosas, hemos visto desmoronarse nuestro imperio, acumularse una deuda espantosa, perecer nuestras artes, desfallecer nuestra agricultura, desaparecer nuestra marina, arruinarse nuestro comercio y aniquilarse nuestro saber, rezagándonos considerablemente en el movimiento de la civilización europea.

Tan mal parados estamos que hasta nuestro propio carácter hemos perdido: muchas veces ingleses, casi siempre franceses, nunca españoles, ni podemos sufrirnos unos á otros, nada conformes sobre los medios de gobierno, ni sobre el modo de fomentar la pública riqueza: y lo que más irada es tener que confesar que hemos llegado á tan mal punto con el mejor suelo del mundo, con hermosas y estendidas costas, con muchos y caudalosos ríos, con ricas materias primeras y con unos naturales inteligentes y valerosos.

En situación tan triste ¿apelaremos al extranjero solo atento á la suya para que labre nuestra fortuna? á los secuaces rencorosos de viejas escuelas que ni olvidan ni aprenden, divididos en banderías que se achacan re-



ciprocamente y con verdad el menos-  
cabo de nuestro poderio, ó que se  
agitan entre nosotros al viento de ins-  
piraciones estrañas? á los que peor  
intencionados solo han entendido de  
su exclusivo provecho, mientras que  
otros llenos de patriotismo han es-  
puesto su fortuna y derramado su  
sangre en defensa de una revolucion,  
que debiendo ser hecha para la co-  
mun utilidad, ha sido realizada por  
muchos en provecho de pocos? ó ape-  
laremos á ese juventud generosa, mas  
sana, menos vengativa, que acude á  
nuestras escuelas, y que se dispone  
á regir los destinos de la patria?

Pues sepa la juventud que una de  
las cuestiones mas graves que está  
llamada á resolver es la de la liber-  
tad del comercio, y que no hay se-  
duccion que los estrangeros no hayan  
puesto en juego para prevenir nues-  
tro juicio: moral, religion, interés  
público y privado, todo cuanto hay  
capaz de conmover al hombre se ha  
empleado para que la decidiesemos  
por la afirmativa: nada es pues mas  
urgente y útil que ilustrarla para  
que la juventud la resuelva en su dia  
en favor de nuestra riqueza y pros-  
peridad.

**Primer principio.** Una nacion de-  
be producir cuanto le permitan la  
naturaleza de su suelo, y el ingenio  
de sus habitantes.

Comunes son las primeras necesi-  
dades de los pueblos, porque en to-  
dos ellos es sin una grande diferen-  
cia el hombre uno mismo, y tiene un  
fondo comun de organizacion: estas  
cosas se refieren al hombre; pero los  
medios de satisfacer sus necesidades,  
esto es los objetos con que á ellas se  
ha de acudir no dependen de su al-  
bedrio en cierto sentido, porque es-

tan fuera de su ser: por tanto tiene  
que doblegarse delante de la natura-  
leza, y es decir acomodarse á las cir-  
cunstancias del suelo, y aprovechar-  
se de cuanto le rodea. Los pueblos  
de los litorales sacan sus medios pri-  
meros de subsistencia de la pesca, los  
de las feraces llanuras del cultivo de  
la tierra, y los que habitan las laderas  
de las montañas propias para el pasto  
de la carne, y de la leche de sus ga-  
nados. En un estado mas avanzado  
de civilizacion se crean otras necesi-  
dades los hombres: desdeñanse de  
alimentos groseros, de vestidos bur-  
dos, de recostarse sobre la tierra y  
de albergarse en chozas humildes:  
aqui laborean el hierro en instrumen-  
tos de labranza, en útiles artísticos  
y en armas ofensivas y defen-ivas:  
alli desmontan los bosques y escavan  
las hulleras en busca del alimento del  
fuego: mas allá remueven las cante-  
ras en busca de materiales de edifi-  
cacion: en otra parte preparan ricos  
vestidos con la lana, la seda y el li-  
no, y habiendo creado el comercio y  
la navegacion cambian el sobrante  
de sus productos con el sobrante de  
otros países, una vez que satisfaga  
nuevas necesidades, formando del  
género humano una numerosísima  
familia que cuaja toda la tierra.

Pero no nos engañemos; donde  
quiera que veamos á los hombres,  
los observamos mas afectuosos con su  
familia; luego con los del pueblo en  
que habitan y despues con sus com-  
patriotas; de suerte que el amor mas  
lejano, el menos dispuesto á sacrifi-  
cios, el mas artificial es el que los  
une á las otras naciones: nunca pues  
conocerá probablemente el género  
humano esa fraternidad universal  
tan ínfima como ha brotado de las  
obras de ciertos filósofos, entre ellos



el insigne Fenelon; porque siempre formaran campo á parte las naciones, las provincias, los pueblos y aun las familias; y porque el autor del Telemaco habla del hombre como debe ser, y yo del hombre segun es, y segun verosimilmente será.

Pues digo con estos antecedentes, que la naturaleza divide los trabajos en grande, que reparte los productos y los medios de producir en las varias regiones de la tierra; y que el hombre reparte y divide el trabajo entre los individuos: y cuidado con que no se cambien los frenos, porque el hombre tiende á violentar á la naturaleza en cuyo seno de madrastra fue arrojado huérfano y desvalido sin mas arma ni mas poder que el rayo de la inteligencia divina que brilla en su fulgida frente.

En efecto seria insensato un pueblo que no variase sus productos en cuanto la naturaleza de su suelo lo permita, la provincia que no hiciese lo mismo, y mas insensata todavia la nacion que menos mancomunada con las otras que lo estan entre si los departamentos de un mismo reino, regalase á su vecina la facultad de hacer vinos, pudiéndolos ella fabricar aunque fuese con algunas menos ventajas, contentándose entruéque con la produccion de los granos, especialmente si tenia tierras inútiles para el cultivo de los cereales, y á propósito para el de la vid. Pues lo propio diriamos, y aun mas, si esta nacion enviase al extranjero sus lanas, sus sedas y su lino, para que convertidos en telas tornasen á ella manteniendo asi las poblaciones estrañas: es claro que mejor era mantener y fomentar la propia: no es la cuestion la misma cuando los objetos que han de satisfacer nuestras necesidades no se dan en nuestro pais, ni pueden ela-

borarse ni con mucho con la baratura que los elaboran otras naciones favorecidas de condiciones naturales con las que no puede luchar el esfuerzo humano con probabilidad de suceso.

Y aun este principio sufre sus excepciones en el pais de los apóstoles de la libertad comercial: si tan humanos son los hijos del grande Alfredo, ¿por que no disponen expediciones de artistas á la India, y plantean en las orillas del Ganges y en los campos donde se da el algodón esos establecimientos que convierten en tela la primera materia, civilizando asi con mas nobleza una vastísima comarca? ¿Por que no trasplantan sus artes, y su ingenio á la América, á España y á la Italia donde el algodón se produce muy bien? ¿Por que tantos afanes por aclimatar nuestros moruecos no solo en su pais poco á propósito, sino en la nueva Holanda? No quieren llevar á otros paises lo trasportable, las artes; luchan cuanto es posible contra las condiciones naturales de su áspera region, y se lamentan de que otros pueblos desenvuelvan lo que puede y debe desenvolverse, el ingenio humano; y de que piensen aprovechar las ventajas que la providencia les ha concedido... nos esforzamos por mantener nuestra escesiva poblacion, y porque es maldito el pueblo que no trabaja... pues huyendo de esa maldicion que hace siglos ha pesado sobre nosotros, y para mantener la poblacion actual, y la futura que viene aprisa, y porque el trabajo es la fuente de la riqueza y de la virtud, queremos nosotros trabajar tambien: esto les responderán los pueblos mas favorecidos en suelo y materias primeras, como España.

(Se continuará.)



## A UNA ROSA BLANCA.

(CONCLUYE.)

3

*En el crepúsculo vespertino.*

Ya su faz fulgurante y luminosa  
 el rojo sol escondé en occidente,  
 tras cortinajes de violado y rosa,  
 de zafiro y dorado resplandente;  
 ya juguetea en la floresta umbrosa  
 el viento de la tarde mansamente,  
 y allá desde un confín del horizonte  
 la sombra va cayendo sobre el monte.

Por la estension de la azulada esfera  
 mil blanquisimas nubes van flotando,  
 que ora cortan la atmósfera ligera  
 cual de palomas numeroso bando;  
 ora al tener la rápida carrera  
 cree la osada mente estar mirando  
 flota, que por los mares cristalinos  
 al aire tiende los ondosos linos.

Todo en el mundo está sublime, hermoso,  
 como al salir de la potente mano  
 de Dios, cuyo escabél esplendoroso  
 en sus cristales pinta el oceano;  
 entretranto yo busco silencioso  
 alivio á mi dolor, pero es en vano;  
 porque cuanto á la vista se me ofrece  
 todo sonrie, y mi dolor acrece.

¿Adonde iré á llorar ¡ay! pena tanta?...  
 mas... ¡oh Dios!.. un recuerdo... hacia aquel lado,  
 en donde un ruiseñor amores canta,  
 un ser hay como yo muy desgraciado;  
 allí una rosa cándida levanta  
 su pétalo del sol medio quemado....  
 allí, flor infeliz, mi triste vida  
 voy á cantar en trova dolorida.

Mas no... mi queja importuna  
 no agravará tus pesares,  
 pobre flor;  
 hasta que salga la luna  
 no sonarán mis cantares  
 de dolor.

Que si menos atormentan  
 las penas cuando se cuentan  
 á quien llora, (CONCLUYE)  
 tan crueles son las mias  
 que al oirlas sufririas  
 mas que ahora.

Porque á la tortura horrible  
 del pesar veo tan viva  
 cabe mi, Y en las fatigas y luctuosas  
 cual tú á la parca terrible  
 que su segur bland e altiva  
 sobre tí.

Ya que es tal mi desventura  
 que aumentára tu amargura  
 si la cuento, y á la vez  
 deja que la calle, flor,  
 para llorar tu dolor  
 cual le siento.

¡Ay!... de llorar es la rosa  
 la de corola de nieve  
 deslumbrante, y á la vez  
 que su seno candorosa  
 abriera al cefiro áleve  
 tan amante.

Llorad, llorad sus dolores,  
 vosotras cándidas flores  
 del pradio, y á la vez  
 caiga el lloro tristemente  
 como perla transparente  
 de rocío.

Llorad, que á esa flor tan mustia  
 que con espanto mirais  
 cenicienta, y á la vez  
 cuya lividez y angustia,  
 si atenta la contemplais  
 amedrenta.

<p>A esa flor.... cuando hoy el dia          por el oriente salia,          la vi yo          tan fresca, erguida y risueña          como la brisa alhagüena          que la abrió.</p>	<p>De este valle, hermosas flores,          llorad la suerte infelice          de otra flor,          y en medio de sus dolores          escuchad lo que ora os dice          con amor.</p>
---	---

“Hermanas flores que llorais mi suerte,  
 llorad tambien la vuestra, que mañana



«veréis volar sin compasión la muerte  
 «cabe vuestra belleza tan temprana.  
 «Yo tuve cual vosotras lozanía,  
 «y mi frente de nácar y de oro  
 «levanté al susurrar dulce, sonoro,  
 «del cefiro que en torno me reía.  
 «Y entonces.... lo recuerdo con orgullo,  
 «un amante galán, que en la enramada  
 cogía florecillas á su amada,  
 así dijo, mirando mi capullo:  
 =No será quien te corte el brazo mio,  
 =que estás tan bella en el ramaje verde  
 =como espuma de un lago que se pierde  
 =entre las esmeraldas de un pradío.=  
 «Mas ¡ay! que de caricias tan divinas  
 «como entonces mi vida hermosearon,  
 «solo tengo el recuerdo, solo espigas  
 «de mi pasada ostentación quedaron.  
 «Que cuando me gozaba complaciente  
 «vertió crujiendo el sol su roja lumbre  
 «sobre mí.... dejó seca la mi frente  
 «como escarpada roca de la cumbre.  
 «Ahora en vano el viento de la tarde  
 «revuela entre mis hojas mansamente  
 «el traidor de agasajo haciendo alarde  
 «que antes me abandonó perfidamente.  
 «Huye, viento, de mi, que ya me enojas,  
 «huye, respeta mi postrero duelo...  
 «no te apresures á arrancar mis hojas,  
 «que pronto secas volarán al suelo.  
 «No insultes atrevido mis congojas  
 «ya que me abandonaste sin recelo;  
 «adios, flores, las auras se distraen  
 «con los despojos que de mi se caen.»  
 ¿Oísteis?... Ya murió!... Llorad la flores,  
 vuestras corolas tímidas no alceis,  
 llorad, que así llorais vuestros dolores,  
 pues todas ¡ay!.... que padecer teneis.  
 Y ¡guay!.... si de los rayos quemadores  
 del sol, vuestra frescura no escondeis,  
 ¡guay!.... no encuentre el rocío en vez de flor  
 amarillentas hojas sin color.  
 Escondéos del sol, y que mañana  
 cuando el rayo tranquilo de la luna  
 venga á ecalsar en cántiga liviana  
 el horrible penar que me importuna

la brisa que volando inquieta, vaná,  
 con sus murmullos mis cantares una,  
 me traiga vuestro aroma desde lejos  
 y que os pinte el arroyo en sus espejos.

### CONCLUSION.

Era otro día... se pintaba el cielo  
 con los varios matices de la aurora;  
 la brisa arrulladora  
 batiendo el ala cual ligero velo,  
 entreabría las flores  
 robándolas sus mágicos olores.

De la aves canoras y pintadas  
 la turba que trinaba numerosa,  
 de música graciosa  
 llenaba las espesas enramadas;  
 era tal de natura la alegría  
 cual la pureza del sereno día.

En torno de un rosal ancho, pomposo,  
 de blanquísimos brotos coronado,  
 un colorín gayado  
 las alas bate en vuelo vagaroso,  
 y de un ramo á otro ramo  
 salta como atraído de un reclamo.

Revuela inquieto... pero al fin se para,  
 y unas hilas que el sol volviera rojas  
 recoge entre las hojas  
 y en su pico á llevarlas se prepara.

En el rosal se via  
 su cáliz agostado casi seco,  
 el viento le movia,  
 y al silvar en su hueco  
 era tan dolorosa su armonía  
 como de ay moribundo flebil eco.

*José Maria Albuérne.*

---

### À BLANCA.

En báquicos cantares y en orgias  
 pasaba yo mis días  
 y entre el alegre y férvido festin;  
 y era solo un placer mi edad primera;  
 saltaba en la pradera



cual tierno cervatillo en un jardín.

La historia de Cervantes me admiraba;  
y cuando repasaba  
la del coloso que abortó, feroz,  
Macedonia, mi sien se conmovía  
y el corazón latía  
mas que nunca veloz.

Mirar á Ciro Persas dominando  
mil batallas ganando,  
y querer al oriente encadenar;  
ver al hombre de hierro, ese Romano  
del mundo soberano  
que el mundo todo supo conquistar.

Solo era mi afición; siempre su gloria  
estaba en mi memoria  
á menos que me hallase en el festin;  
y era solo un placer mi edad primera;  
saltaba en la pradera  
cual tierno cervatillo en un jardín.

Admirar las hermosas y no amarlas,  
nada mas contemplarlas  
y decir las del bardo la canción;  
creí no encontrar yo en sus corazones  
funestas ilusiones  
dorando mi prisión.

Mas ¡ay de mí! que no paso mis días  
ni en fiestas, ni en orgias,  
ni entre el alegre y fervido festin;  
y no es todo un placer mi edad primera;  
ni salto en la pradera  
cual tierno cervatillo en un jardín.

Que sin doblez alguna; yo, sereno  
he bebido un veneno

y no gozo un instante de placer;

cánsame ya la historia del Romano,

del Cesar, y Trajano,

de Ciro, y Alejandro y su poder.

Solo quiero vivir, Angel del Cielo,

gozando de consuelo

por cantar esos labios de coral,

y admirar prosternandome de hinojos

tus negros bellos ojos

tus ojos transparentes de cristal.

Por solo un beso tuyo entregaría

mi vida, mi alegría,

y cuanto tengo yo, diera por tí;



si consigo algun dia que en tú boca  
mi alma de placer loca  
libe con ansiedad un dulce sí.

Entonces fiel contigo delirando  
á sus solas soñando  
estará mi amoroso corazon;  
y adorando y viviendo de esta suerte  
querrá ansioso la muerte  
ó vivir con su Blanca en dulce union.

¡Ah! qué es una ilusion fatal del pecho!  
jamás en blando lecho  
con ella beberé el ambar de amor;  
por que solo nací á ser desgraciado  
penar enamorado  
y á sumirme por ella en el dolor.

Si algun dia su aliento yo bebiera  
¡oh cuán dichoso fuera  
ansioso contemplando su desden!  
ven á mi, bella, ven con tiernas flores,  
rocialas de amores  
y con ellas coroname mi sien.

Calma este pecho que por ti respira,  
por tí pulso la lira,  
por cantar tu beldad, solo por tí,  
por oir de tú boca purpurina  
angélica, divina  
pronunciar blandamente un dulce sí.

A. Gimenez.

*Quid vanæ, sine moribus, lejes proficiunt?* HORAT.

Despues de la caída de nuestro Padre comun, los hombres quedaron algo preparados para lo malo, y particularmente se vió, que muchos apeteciendo lo ageno, se hacian partidarios del vicio, y quebrantaban las leyes que todos tenemos grabadas en nuestros corazones. Entonces fué cuando la sociedad, usando del derecho de conservacion, comenzó á irse dando reglas ya para prevenir los delitos, ora para que con un solemne castigo se intimidaran los malos, y dejaran espedito el camino de la felicidad. Pero no habiendo moralidad ¿qué vale que tengamos reglas de conducta social? ¿qué importa que la ley mande, sino se ha de obedecer? que busque á los delincuentes, si no los ha de hallar? que sancione derechos, que otros han de usurpar? y finalmente ¿qué ventajas promete al hacer inviolables nuestras moradas, si el agudo y oculto puñal del asesino puede penetrarlas? Por lo mismo no basta que



la sociedad tenga un código, aunque en él se siembre el bienestar del pueblo, sino que es menester además que las costumbres concurren para verificarle, y darle acción y energía.

Las leyes sin costumbres son todavía de peor condición que el hombre que acaba de espirar, pues este á lo menos espanta, pero aquellas tienen que sufrir la insolencia y los ultrajes del menos ilustre de la tumultuosa y versátil plebe. Los hombres, suelto el freno de la desvergüenza, se hacen indomables, y tan solo humillarán su osada arrogancia ante las leyes, que les traigan utilidad y provecho; pero las demás no merecerán para ellos ninguna atención ni respeto; y donde falten estos, la autoridad pierde su fuerza y el imperio cae, Tacito. Al faltar de las sociedades las costumbres correrán presurosas á revolcarse en el inmundo cieno de las pasiones, á hundirse en la tumba.

El hombre, no hay remedio, por su constitución huye del bien, ó le abraza. Si lleno de malignidad hace lo primero, se le verá convertido en un depósito, ó fuente de donde nace todo género de males; y males que ponen á prueba y en graves compromisos la tranquilidad y buen gobierno de los pueblos, cuyo reposo al par que la armonía de sus socios serán tanto mayores, cuanto escaseen el número y raza de los malos. De ellos hay unos, que cual dominadores, ven siempre la justicia á su favor: otros que acalorados pasan noche y día inventando medios para deshonorar á su amigo, ó para triunfar de la inocencia; y con tal que lo consigan, nada les importa dejar ajado impiamente el pudor, y quebrantadas las leyes mas venerables de la

sociedad humana: y hay muchos que infatigables en la carrera del crimen, con deseos exclusivos de medrar y levantar, por cualquier medio, sus fortunas, toda su atención y habilidad las ponen y emplean en conocer la vereda mas corta y facil para arrebatar las prendas á su dueño; sin que él obste, ni cause el menor embarazo á los intentos de los alevosos, toda vez que puedan y crean que les conviene arrebatarle tambien su existencia. En todos estos malvados concurren las funestas circunstancias de mirar la razon como una luz que ofende por ser demasiado viva y penetrante, y de huir de sus saludables consejos, como de un anciano y rígido preceptor que nada disimula: de no haber aprendido, en sazón, á templar los vehementes afectos del alma, de la misma manera, que los cuerpos sanos hacen con sus humores para equilibrarlos: hay en todos de comun, que patrocinan y acogen los deseos que despide la razon: que halagan las pasiones, y se complacen en hacer alarde de sus mayores disparos: y fieros por no haber suavizado á tiempo las costumbres se encuentran dominados por el genio del mal, entre ellos hay algunos con un pecho de bronce, y todos, ¡infelices! se hallan destituidos del germen de bondad que el sumo Hacedor imprimió en el corazón de su escogida criatura. Nada podrá con hombres de esta clase. La incontrastable elocuencia de Aníon pudo, al fin, domeñar con trabajo á unos hombres de hábitos toscos, pero, á fé mia, que no lo haria, si sus corazones no se prestáran sensibles y nada reacios á la mejora tan deseada de orden y civilización. Empero, suponiendo ya á unos individuos acaudillados é im-



pregnandos en estas últimas cosas, y suponiendo que detestasen toda policía, el mismo Catón sería débil para sofocar una malicia subida de punto, y mezclada con grados de ilustración. En semejante conflicto, qué leyes, qué poder humano será suficiente para sujetarlos y reducirlos á obediencia? cuando vemos que mas crueles que las fieras ponen en alarma, por varios conceptos, el territorio que habitan, y que de ellos huye la gente pavorosa como de la rabia? Pero qué mucho! si en sus arrebatos no perdonan á quien les ha dado la vida, y se les vé llegar hasta devorar á sus propios hijos..... A tal punto arroja al hombre el abuso de los atributos preciosos de su pensamiento é inteligencia! Esta criatura á quien por su perfeccion los filósofos la consideran compendio de las demas é intérprete de la magestad divina, forman en ella, un terrible contraste los actos heroicos y bienhechores de las facultades de su alma, y los beneficios portentosos que derrama su númen sobre la faz de la tierra, con las desgracias y calamidades con que aflige y abrumba á las sociedades, cuando despreciando la excelencia de su inmortal espíritu, se revela, y convierte su inmenso poder contra sí misma, contra los particulares, ó en daño y ruina de la república. El hombre tan descompasado y poderoso en lo bueno como en lo malo si obra lo primero, se le verá cual Bruto fijar la alta suerte de Roma, cual Gutember, que con el beneficio de su invencion se recorre el eje y se tocan los polos de la tierra, casi con la rapidez instantanea del fenómeno de la electricidad, ó cual nuestros bravos que amarraron un mundo al cetro Español: pero si es

rebelde y se halla impulsado por el mal, es un Atreo, un Tirano que prohíbe el raciocinio, es un monstruo que mira al traves la naturaleza, es un pueblo borrascoso, que ardiendo en cólera contesta que la Francia no necesita de sabios, y que no para su rabia hasta formar orquestas para acibarar la muerte de los que iban al cadalso con faz serena, y queriendo imitar la mansedumbre del inocente cordero. La imagen del género humano nos la representa en cierto modo el mar, que estando en calma, la ponen en movimiento el flujo y reflujo necesarios para su conservacion; pero una vez alborotado, hace estremecer los continentes.

*Se continuará.*

## TEATRO.

Hemos visto con mucho placer al Sr. Lessé en las representaciones del *Pobre Pretendiente* y en la *Novia de Palo*, en ésta el público dió manifiestas señales de aprobacion, en la misma tanto el señor Gomez como la señora Mata desempeñaron sus papeles bastante bien. *El Bastardo* desagradó muchísimo; el señor Picazo no sabia el papel, y la señora Ortiz no hizo lo que puede, el señor Quintana sacó algunas escenas regulares y entre ellas fué una la del *desafío*.

## ADVERTENCIA.

Los señores suscritores, por un mes, que no quieran sufrir retraso en los números, se servirán si gustan, renovar la suscripcion que concluye en el de hoy.